El viento como punto de partida

por Hernán Fares Taie



Es temprano. Hace mucho frío este invierno y me preparo para salir en la moto. Hace 40 años que hago esta rutina. En realidad no tengo auto, pero sí tres motos.

Todo esto no tiene mucha lógica, sobre todo ahora que estoy por cumplir 70 años. Pero ahí salgo: el viento frío lo siento en todo el cuerpo, especialmente en la cara y las manos, y algo menos en pies y piernas. Al principio parece incómodo. Pero, momentos después, la magia empieza a ocurrir.

Algo se activa. La adrenalina sube, mis ideas se activan, vuelvo a soñar y a volver con nuevas ideas y proyectos. Siento la moto como un ser vivo que cabalga hacia nuevos horizontes. Ruge su motor, la aceleración me llena de energía, ya nada es imposible, pierdo mis miedos, avanzo como en una danza por la costa de mi hermosa ciudad. Me conecto con la naturaleza, con el mar, su olor, su inmensidad infinita, y ahí estoy, mirando el horizonte, pensando en el más allá.

Ya todo está en orden. Los miedos de anoche —ese despertar clásico de las 3



de la mañana, donde todo son dudas— quedaron atrás. Ahora estoy en un vuelo perfecto, como diría Juan Salvador Gaviota. Ahí comprendo por qué hace 40 años ando en moto viajando por todo el mundo.

Conozco casi toda la cordillera de los Andes, desde Machu Picchu hasta bien al sur, tanto del lado argentino como del chileno; la cordillera del Atlas en Marruecos; los Pirineos; las altas cumbres de Galicia; los Alpes; las Dolomitas; y los extremos caminos nepalíes del Himalaya. Cierro los ojos y los tengo ahí, adentro mío, dándome un sentido de conexión con la naturaleza impresionante.

Esta historia con la naturaleza nació conmigo desde chico, con los scouts, cuando solíamos subir montañas. Así fue que llegué con mis hijos, tres veces, a subir por los caminos del Aconcagua. Ellos eran chicos y yo muy aventurero: tenían entre 15 y 18 años la primera vez. Al año siguiente volvimos a hacer cumbre: llegó Santiago, con 19, hasta la cima; Agustina, con 17, hasta muy cerca, los 6500; y Valentín, con sus 16, hasta los 6200. Solo nosotros sabemos lo que eso significó para el resto de nuestras vidas: la pasión, el desafío, el no entregarse y luchar en la adversidad. No se trataba de subir una montaña, sino de entender la vida resumida en un par de semanas.

Después, por supuesto, Félix quiso subir, y Agustina nos acompañó de nuevo. Llegamos hasta los 6200, donde una tormenta nos dejó sin cumbre, pero con la alegría del desafío cumplido. Hace poco tuve la suerte de ir con Félix al campamento base del Everest, y la magia se repitió: esta vez con mucha mística budista y culturas milenarias en el camino, que nos muestran otras formas de vida fantásticas y totalmente distintas.

Todo se resume en pasión, desafíos, naturaleza y compartir en familia. Muchos de estos viajes de aventura los hicimos caminando, en moto o en carpa, como cuando con mi esposa arrancamos, desde nuestra luna de miel, a recorrer Argentina en carpa. Y después, con todos mis hijos, guardamos recuerdos inolvidables de cada viaje: buceo, paseos en moto por Tailandia...

En fin, vuelvo al viento frío en moto del invierno, o al cálido del verano, y sé que ahí empiezan los planes. La aventura y la pasión nacen ahí y se expanden por todos lados: mi trabajo, mi día a día, todo lo que hago, incluyendo la carpintería.

¿Será este mi lado B? ¿O es este mi lado A, y el B es el más formal? Ustedes deciden.



